

## CERVANTES Y LA HISTORIA

Por MIGUEL AGUILERA

Discurso pronunciado por el Académico Dr. Miguel Aguilera, en la conmemoración que las Academias de Historia y de la Lengua rindieron a Miguel de Cervantes Saavedra con ocasión del IV Centenario de su natalicio.

Excelentísimo señor Presidente, señores académicos, señoras y señores:

Dijo Francisco Bacon, Barón de Verulamio, contemporáneo de aquel a quien se endereza nuestro homenaje, que la historia de un pueblo que no lleva el complemento de la historia de su literatura, es como el rostro de la estatua de Polifemo al cual le falta un ojo; y atinó en lo dicho, porque si se ofrece la narración de los grandes sucesos que han transformado la estructura de tal pueblo, sin advertir antes por medio de la fábula, del romance o de la novela, la traza y forma de modelarse la inteligencia, el sentimiento y la voluntad de sus hombres, se habrá prestado un servicio digno de la alabanza que paga el esfuerzo, pero incompleto y sin alas para remontarlo a la esfera desde donde la historia perfecta y cabal rige los destinos de la humanidad con sus resortes invisibles, pero poderosos y providentes.

Valga esta advertencia para explicar por qué la Academia Colombiana de Historia se une a la Academia Colombiana de la Lengua en la conmemoración del IV centenario del nacimiento del más fecundo de los ingenios españoles que vieron pero no volverán a ver los siglos. Don Miguel de Cervantes Saavedra no escribió la historia. Acaso ni la amó. Pero preparó espiritualmente la inteligencia de los historiadores para el examen de los caracteres humanos, para el estudio de las costumbres populares, para la ponderación de las virtudes cívicas, y para el escarmiento de los vicios y licencias de la sociedad. No invocó el testimonio de la historia en la medida de sus ilimitadas aptitudes para juzgar las

obras de los hombres, pero la definió con tal vigor exprestvo que sobrepasó el concepto clásico de Cicerón: "Emula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir." Ni fatigó la pluma entonando himnos laudatorios a la memoria de Don Rodrigo, ni lacrimosas elegías a Don Sancho de Castilla, pero fue contento de poner a la cabeza de la humanidad los dos símbolos que traducen el arrebató de los valientes y esforzados, y el aplomo de los varones prácticos y parsimoniosos: Don Alonso de Quijano, y el escudero de la "barriga grande, el talle corto y las zancas largas".

Don Miguel de Cervantes no mentó siquiera la obra del Tito Livio español, Padre Juan de Mariana, ni los libros de Esteban Garibay, Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales, donde se esculpieron con letras de bronce los hechos inmortales de los grandes que hicieron la grandeza de su patria; pero trazó la norma que los cultivadores de la narración deben obedecer y cumplir para que su ministerio no ceda un punto de la dignidad conferida. Fue así como esculcando en el Alcalá de Toledo los cartapacios y papeles viejos que un muchacho llevó a vender a la tienda del mercader de sederías, dio con la "Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo", y percatándose de refilón de que el autor omitió los elogios que se deben a tan buen caballero, dijo: "cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad".

Tan celoso de ésta solía mostrarse, no obstante su devoción por la fábula y el devaneo imaginativo, que perdonaba la calidad del hecho, la condición del personaje y la simplicidad de la trama, a cambio de que no se falsease la realidad de los acontecimientos. Ninguna historia es mala, como sea verdadera, exclamó una vez rebelándose contra quienes, antes o después de él pensaron o llegarían a pensar que sólo merece referirse a la posteridad lo que es digno de la posteridad. En opinión de este príncipe del idioma no se demanda a quien escribe que pase por el cedazo de lo trascendente los asuntos de su narración, sino que los despoje de vanos ornamentos que pudieran presentarlos como hipotéticos o equívocos, cuando no como absurdos o imposibles. En el capítulo III de la parte segunda del romance inmortal, bajo el título "del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco", se esboza, burla burlando, la más sana

doctrina acerca de la moral histórica, puesta unas veces en la boca disertada del ex-estudiante salmantino, otras en los labios sentenciosos y punitivos de Don Quijote, y algunas escasas sobre la lengua pachorruda de Sancho. El coloquio se suscita a propósito de Cide Hamete, sin que el ardid de la farsa disminuya la dignidad del pensamiento, ni menoscabe la sensatez de la intención que anima a los que en él intervienen. En cuanto atañe al más autorizado de la junta, se ve que no acierta del todo en lo que conviene a la historia de las hazañas heroicas de su institución, puesto que supone que, como no sea escrita por escudero vil o por enemigo, por fuerza ha de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Aseguro que no acierto del todo, como que rechaza la sencillez y la naturalidad a trueque de subir hasta el sol con el adalid que aventuró su corazón en lance de vida o muerte. Empero, el justador indomable, como para compensar este inocente alarde de vanidad, corona su concepción de la historia con el atributo resplandeciente de la verdad. Verdad escueta, verdad desnuda, verdad dominadora.

Objetador y sutil el bueno de Sancho halló reparo digno de glosa y corrección que en los apuntes se tratase de Doña a quien apenas era conocida, en muchas leguas a la redonda, por la señora Dulcinea del Toboso. “Y ya en esto anda errada la historia” comentó el escudero, anticipándose dos o tres siglos, a la escuela de los críticos inexorables que no perdonan que al mariscal de campo le rebajen a la calidad de general, o que al villorrio se le traten de ciudad, o que confundan la merced con la señoría. El propio Sancho, áspero y amargoso como la corteza de un árbol viejo, al saber que Cide Hamete, el historiador árabe, incorporó dentro de la biografía de Don Quijote, la novela del Curioso Impertinente, juró, entre ofendido y satisfecho, pero siempre pragmático y soez: “Yo apostaré que ha mezclado el hideperro berzas con capachos”, como para censurar la mezcla, sin la debida discriminación, de la verdadera historia documental, con la leyenda o tradición.

Cuanto a la suerte de los que escriben, y con escribir alcanzan fama y nombradía, dijo el Bachiller ensayando un pinchazo en la piel del aspirante a la gobernación insular: “Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento, juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo”.

Para la mente lúcida de Cervantes la noción de la historia cobra tal altura y reclama tal gravedad, en cuanto ha de cumplir un objeto

en el orden de las cosas creadas por Dios y gobernadas por El y por los hombres, que no vacila en reivindicar para la augusta ciencia una sede eladaña al campo infinito de la Providencia. Y se vale de la voz de Don Quijote, afinada en el yunque de los buenos propósitos y en la honestidad de los medios, para expresar lo que siente en negocio de tanto volumen y autoridad: “La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos”.

La indignación que se apodera del Caballero de la Triste Figura cuando se percata de que hay letrados que embohan a las gentes con falacias y embustes so capa de historia, es apenas un relámpago de la tempestad que se desata dentro del cráneo cervantino en circunstancias similares: “Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa”.

Apenas don Miguel de Cervantes eligió un motivo íntegramente histórico para dar de sí lo que se esperaba. Y cuando lo hizo escribiendo su comedia *El Cerco de Numancia*, qué gallarda sorpresa, qué patriótico ardimiento, qué derroche de amor por su España abuela aunque pagana. Abrevado en las crónicas de Appiano, Valerio Máximo y Ambrosio de Morales, el ligero y albicante alazán de su fantasía saltó el foso de los sitiadores, rastrilló en los guijarros y baldosas de las callejas, pifó de rabia encima de los muros, espumajeó sobre las lanzas centelleantes de Escipión, y esguazó la corriente del Duero, mitad agua, mitad llanto de madres, viudas, novias y huérfanos, para contar a la posteridad de lo que fueron capaces las legiones numantinas de héroes dispuestos a entregar la vida y el amor y la fortuna antes que resignarse a soportar el yugo oprobioso de la servitud. Poesía épica, poesía filosófica, poesía descriptiva, vaciada sobre el molde melodioso de la octava real y de la redondilla, y templada con el rigor austero de la narración histórica, el *Cerco de Numancia* es la patente fidedigna de la pasión del que se niega a sí propio, para afirmarse en el corazón de la patria.

Empero, si puede medirse la enormidad de Cervantes por su sincera adhesión a la verdad histórica, se calcula mejor ella por el aporte que llevó al pensamiento general en valores idiomáticos, y con mayor ventaja y privilegio para la literatura histórica, que tanto funda su honra en la noticia que acoge, como en la galanura de estilo con que aquélla se expone. Antes del Manco incomparable la lengua de Castilla se arre-



molinaba en torno de las ideas morales, filosóficas, jurídicas y teológicas, bajo el imperio de las plumas ábitras de los dos Luises, del Marqués de Santillana, de Santa Teresa de Jesús, de Castillejo, de Pérez de Oliva y de cien más que no aspiraban a ensanchar los términos del idioma. Después de él, y gracias a la inventiva ubérrima de su genio, las formas literarias se multiplicaron, los giros adquirieron movimiento no soñado, el neologismo elegante hizo incursión discreta por la puerta principal del palacio de la expresión, y las tonalidades del verbo asumieron proporciones más finas, superiores a las de las otras lenguas románicas. Fue entonces cuando la reminiscencia hispana, resucitando las perfecciones latinas en la *Galatea*, importando tropos aprendidos en las guarniciones argelinas para adorno de los entremeses, y adoptando dichos de tierras itálicas para algunas novelas ejemplares, cobró nuevos bríos y se apartó del resabio senequista que, bajo las apariencias de sentencioso laconismo, dejaba atrás los jeroglíficos egipcios, según la opinión del retórico Capmany.

Al hacer eterna la memoria de Don Quijote de la Mancha, Cervantes hizo historia sin valerse de la historia, no por las noticias de los doscientos personajes que con aquél se mientan, sino por enseñar lo que en el lenguaje moderno se insinúa como nueva técnica de la literatura histórica. Con voces de enfática reconvención clamó por el respeto a la verdad en ejercicio del ministerio historial, y con el hermoso ejemplo de su estilo llano, sonoro y persuasivo, enseñó a las generaciones que le siguieron, un arte que apenas se adivinó en los que le antecedieron. Que no se excede mi sentimiento en esta interpretación puramente literaria, lo acreditan egregios preceptistas de todos los tiempos, quienes para ilustrar el parecer unánime, prestan para las páginas de sus tratados famosos, sentencias, frases y figuras concebidas por la frondosa imaginación del clásico superno.

Pero hay más aún: la novela de Don Quijote no es mero exponente del género narrativo, ni muestra de un procedimiento que trazó rutas desconocidas para los literatos de su tiempo; sino modo eminentemente científico de estudiar a la humanidad en todos los matices impuestos por las clases sociales diferenciadas, en la aparatosa variedad de sensibilidades, en la extensa escala de ambientes desavenidos, sobre la cual ascienden y descienden los intereses antagónicos de los hombres, y en la dilatada categoría de los parajes donde los hechos, unos ciertos y otros fantásticos, se desenvuelven. Accidentaciones son ellas inherentes al tráfico sustancialmente histórico, según lo enseñan los prin-

cipios preconizados sabiamente por esa ubicua rama del conocimiento citada de manera singular bajo la denominación de filosofía de la historia. Esto justifica aquel escarceo interpretativo de don Miguel de Unamuno, que erige las portentosas hazañas de Hernán Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada y Simón Bolívar en manifestaciones de genuino e imperturbable quijotismo.

La conquista de un ideal, contrapesado por los rigores de la naturaleza física y por la asustadiza condición de Sancho, impulsó la flaca y cenceña figura del Caballero Andante, hasta conseguir, en la medida de su resolución, el objeto ambicionado; y la conquista de otro ideal, menos teórico que el de don Alonso Quijano, fue el motor que empujó a nuestros descubridores y a nuestro Libertador a la realización de dos empresas, que, si contrarias en la intención, participaron de coraje análogo, de dinámica espiritual gemela y de riesgos similares.

El que desfacía agravios y dirimía querellas de vecinos, y el que narraba sus lances con copia de pormenores nimios, predicaban, con la lanza en astillero y la adarga antigua, el uno, y con la tesonera pluma el otro, el evangelio de la justicia y del derecho, con el mismo ardor y arrogancia con que los próceres y caudillos de los pueblos defendieron los fueros de la independencia y de la libertad, cuando los vieron amenazados por la codicia despótica de los poderosos. Fue así como en el umbral de las centurias anudaron sus manos trémulas la historia verosímil de la Caballería sacrificada y la novela inverosímil del heroísmo sacrificador. No es esto una *flatus vocis*, o juego jactancioso de palabras, pues el testimonio de las naciones, ni temerario ni sutil, lo pregona con evidencia que da en los ojos con la solsticia claridad de un medio día del trópico.

Hasta aquí, señores, lo que la Academia de Historia de Colombia alaba como mérito insigne de don Miguel de Cervantes Saavedra, a propósito de su contribución estética a la estructura de la historia general escrita y por escribirse en lengua castellana. Resta ahora el homenaje que el dilatado continente indoamericano le debe al recuerdo del soldado que, por honrar la casta y la idea, derramó su sangre en Lepanto, probó su acero en la jornada de Túnez, soportó vejámenes en tierras del Gran Turco, y padeció ludibrio en el propio solar paterno. No le fue dado participar de la aventura que tantos otros de sus contemporáneos corrieron desde la patria de Guatimocín hasta los playones áridos de Caupolicán. Pero lo deseó, y lamentándose de la repulsa de su ingrato gobierno, dio muestras de lo que hubiera sido su alboro-

zo, si, como lo demandó con derecho absoluto, se le hubiese enviado a Santa Fe de Bogotá como Contador de la Real Audiencia, a Cartagena como Contador de galeras, a Soconusco de Guatemala como gobernador, o a La Paz de los Hincas como corregidor del lugar. Tanto más cruda fue la prueba a que le sometieron los favoritos del rey, cuanto la solicitud iba mejor a aliviarle de los quebrantos morales ocasionados por la discordia doméstica, que a satisfacer ansias de la fortuna que otros menos impetuosos y decididos habían atesorado en el curso de breves años. Y en este punto me aparto del parecer inicuo de quienes le tachan de ambicioso porque en algunos de sus entremeses, en dos o tres novelas ejemplares, y aun en el mismo Quijote, deja ver Cervantes cierta melancólica admiración por las riquezas de las Indias Occidentales. Hasta de la posible influencia ejercida por los fastuosos encomendados sobre la potestad pontificia, de que habla en *La Entremetida*, infieren malévolamente el anhelo de obtener gracias canónicas que le librasen de la coyunda matrimonial, mediante piadosos obsequios de oro, esmeraldas y perlas que a la sombra de alguno de los cuatro cargos apetecidos pudiera haber acumulado, a la vuelta de pocos años de servicio. Tamaña cavilación que no se compadece con lo que de la vida aventurera de Cervantes se conoce. No palpitaban sus pulsos por el contento de la numerata pecunia, que más le atraía el sosiego de una existencia como la que soñara para sí Fray Luis de León antes de que el encono cortesano se moviese contra él.

Ciertos baldones y desabrimientos que el gran Don Miguel soltó en *El Celoso Extremeño*, contra españoles que alcanzaron licencia para venir a territorio indiano, fueron sacudidas de explicable resentimiento por la iniquidad obrada contra él, testigo de las patrañas de tahures y truchimanes, que, valiéndose de ardidés, lograron filtrarse en las listas de favorecidos por la Casa de Contratación que, conforme a las leyes de Indias, funcionaba en la ciudad de Sevilla. Cervantes, que observaba desde su posición de abastecedor de las flotas que se daban a la vela con rumbo occidental, denunció con gesto retozón en la novela de *Rinconete y Cortadillo* las triquiñuelas gastadas por sujetos raheces para acercarse a la aduana del señor Monipodio y burlar la guardia de los alguaciles reales, mientras a caballeros de pro y de insospechable conducta se les condenaba a trámites dilatorios que concluían en una negativa tan rotunda, como flagrante era la desvergüenza de los que pululaban de la Pescadería a la plaza de San Salvador, y de ésta a los acantilados del Guadalquivir.

Señal manifiesta de que los desahogos del dueño de la lengua de Castilla arrancaban de un fondo resentido, es el férvido elogio con que saludó, desde el *Canto de Caliope*, inserto en la *Galatea*, algunos años antes de despacharse desfavorablemente su demanda, los hechos hazafiosos de varones como Alonso de Ercilla, Diego Martínez de Rivera, Pedro de Alvarado, Rodrigo Fernández de Pineda, Enrique Garcés y tantos otros que, inspirados por su ciencia y movidos por la palanca de su valor intrépido, dilataban en América la grandeza y poderío de España. También en su *Viaje del Parnaso*, escrito cuando ya nada esperaba del mundo, repitió la alabanza de algunos de los poetas que habían realizado su obra en tierras recién halladas, o que a ellas habían ido en cumplimiento de algún designio real.

Señores académicos:

Conviene todos los expositores de derecho público y de sociología política en que son tres los elementos que definen con mayor precisión, sobre un territorio, el alma nacional: la raza, el idioma y la religión. Tenemos los colombianos de común con los españoles una fuerte impregnación de lo primero, y una correspondencia estricta de lo segundo y de lo tercero, luego nos vemos a canto de proclamar un interés común y general, a pesar de los océanos que nos separan; y así lo que es honor y prez de la madre patria, es también para nosotros causa de satisfacción y orgullo; lo que a ella conmueve, también a nosotros, que somos vástagos de ese árbol, nos conmueve y llena de zozobra. Los luminares de la España de antes y de siempre guían nuestros pasos en el rodeado camino de la cultura ibérica, de igual modo que los astros del sistema en que nos movemos, Caldas, Bello, Caro, Suárez, Cuervo, Carrasquilla, Isaacs, Silva, proyectan sus rayos sobre el pórtico grandioso tras el cual se guarda, como en su propio hogar, la mentalidad española. Cervantes es tan nuestro como si Alcalá de Henares fuese el remanso de cualquiera de las provincias del Nuevo Reino de Granada, y la cripta de las Trinitarias que alojó sus despojos se hallase bajo el camarín de Nuestra Señora del Campo en la Iglesia de San Diego de la ciudad de Quesada. Y más lo fuera si las maquinaciones palaciegas no se hubieran interpuesto en la órbita de sus puros ideales.

Vosotros, los que montais la guardia para proteger el arca santa del idioma, le rendís el homenaje que obliga a quienes heredaron el caudal divino de la palabra, bajo encargo perentorio de preservarlo contra el moho de la rutina y contra el soplo funesto de las revoluciones del pensamiento. Tendió el Creador un puente entre su conciencia infi-

nita y la inteligencia de la criatura para hacer rodar sobre él los soles y los mundos. Ese puente es la lengua que vosotros cuidais con abnegación sin par.

Nosotros, centinelas del pasado, vigías del futuro, furrieles de la tradición, cribadores de la leyenda, escardadores del surco histórico, le consagramos el tributo de nuestro reconocimiento en nombre de nuestra sangre y de nuestra fe, porque salpicada con aquella se ven aún las piedras de Sagunto y Numancia, y las murallas caribes de Cartagena, y con sangre de españoles e indoespañoles se escribieron las epopeyas de la reconquista y de la independencia, respectivamente.

Salud, memoria egregia de nuestro gran señor don Miguel, gloria del mundo, abismo insondable de la sabiduría y ornato perilustre de la especie humana.

MIGUEL AGUILERA

## “DEFENSA DE LA METAFISICA”

POR FERNANDO DE LA VEGA

Quien estudie serenamente la filosofía del siglo XIX, sus flujos y reflujos, sus altibajos, acentos y matices, no podrá desconocer el hecho fundamental de que el materialismo, de que tanto se tizó aquella, ha ido disminuyendo y esfumándose en una clara y vergonzante derrota. ¿Cuáles los exponentes más auténticos del último movimiento espiritualista? Circunscribiéndome a Francia, sobresalen Paul Janet, Emilio Boutroux y Henri Bergson, después del positivismo de Comte y de Littré. ¿Cuáles en Alemania? Varios, y el principal de ellos, Rodolfo Eucken, después de Buchner, de Vries y de Haeckel. Ha ganado, pues, la partida la filosofía espiritualista, que parece extenderse hoy por todos los rincones del universo y animar con gayos fulgores la antorcha que oscilaba macilenta y pronta a extinguirse. Los eternos problemas de la vida, los grandes ideales del intelecto relacionados con las ansias del corazón, vuelven a ponerse sobre el tablero de la disputa tradicional, y cobran una segunda juventud en la boca y en la mente de los perennes inquisidores de la esfinge.

El caso de Bergson resulta interesante y significativo por demás; partió del racionalismo puro, como estudiante de matemáticas que era, y con ayuda de éstas, sistematizando ordenadamente las nociones adquiridas, se fue alzando en la percepción del mundo, hasta tocar la más bella y conceptuosa filosofía. Se hizo metafísico por amor a las matemáticas, y por conducto de ellas. Del racionalismo más crudo, del positivismo más perfecto, pasó a esa zona colindante con el idealismo —capa superpuesta en el conocimiento inexhausto e infinito— para concluir en un sistema completo y armónico, en donde cualquiera puede apreciar el dilatado proceso de la vida y de las cosas: desde el hecho mínimo del nacimiento hasta la formación y estructura de la conciencia, que por el inspeccionar riguroso, por la “intuición”, como él llama, con-